

NO  
IV

Reseñas

---

*Reviews*

DA  
S

MA  
D

Proyectos en curso

## LOS COMEDORES ESCOLARES: UNA POLÍTICA PARA LA INCLUSIÓN SOCIAL EN BOGOTÁ

### *LUNCH ROOMS: A POLICY AIMING SOCIAL INCLUSION IN BOGOTÁ*

**INVESTIGADORA PRINCIPAL:**

*Lya Yaneth Fuentes Vásquez*

**COINVESTIGADOR:**

*Javier Moreno Moreno*

**INVESTIGADORES ASISTENTES:**

*Carolina Melo Arévalo, Ana Milena Murillo Moreno, Herlinda Villarreal*

**AUXILIARES DE INVESTIGACIÓN CARRERA DE PUBLICIDAD:**

*Laura Caimán Gálvis, Andrea Valbuena Ladino, José Sopo Monroy*

**AUXILIARES DE INVESTIGACIÓN CARRERA DE ECONOMÍA:**

*Mónica Ríos García, Elizabeth Rubiano Rozo*

**ENTIDADES FINANCIADORAS:**

*Universidad Central y Compensar*

#### **Javier Moreno Moreno\***

\* Antropólogo y candidato a Magíster en Antropología. Coinvestigador del proyecto y profesor del área de humanidades e idiomas de la Escuela Colombiana de Ingeniería, Bogotá (Colombia).  
E-mail: [moreno.jv@gmail.com](mailto:moreno.jv@gmail.com)

El proyecto “Los comedores escolares: una política para la inclusión social en Bogotá” tiene como objetivo principal realizar una evaluación del programa Comedores Escolares, adelantado en el marco del convenio existente entre la Secretaría de Educación y Compensar, con el fin de establecer su contribución al mejoramiento de la calidad de vida de los/as estudiantes de los colegios distritales que han venido recibiendo atención alimentaria y nutricional en Bogotá, entre 2004 y 2009. Para este fin, se escogieron cinco colegios distritales, teniendo en cuenta su heterogeneidad, tamaño y nivel de complejidad, entre otros aspectos. Los colegios fueron los siguientes: INEM Santiago Pérez, ubicado en localidad de Tunjuelito; Rodrigo Lara Bonilla, en Ciudad Bolívar; Francisco de Miranda, en Kennedy; Nueva Delhi, en

San Cristóbal; y República de Bolivia, en Engativá.

El programa Comedores Escolares surgió en el marco de la política de seguridad alimentaria y nutricional, y, en particular, del programa Bogotá sin Hambre, del Plan de Desarrollo Bogotá Sin Indiferencia. Un Compromiso Social Contra la Pobreza y la Exclusión, 2004-2008 del alcalde Luis Eduardo Garzón. Este programa tiene continuidad en el Plan de Desarrollo Bogotá Positiva 2008-2012 del alcalde Samuel Moreno.

Para el análisis y la evaluación se adhiere al enfoque teórico de las capacidades, propuesto por Amartya Sen y por Martha Nussbaum, quienes cuestionan los modelos hegemónicos de desarrollo, así como las acciones asistenciales que han caracterizado las políticas sociales de los Estados de bien-

estar, y que constituyó la propuesta sobre la cual se edificó la visión del desarrollo, de los derechos y de la pobreza que orientó el eje social del Plan de Desarrollo Bogotá sin Indiferencia 2004-2008.

En relación con lo anterior, y como parte de la evaluación de una política pública, se toma en consideración la manera como los beneficiarios directos, y otros actores sobre los cuales se da algún tipo de impacto, perciben el programa, así como la valoración que tienen de éste en relación con sus perspectivas y necesidades. Por esta razón, se privilegió la voz de los/as educandos, cubriendo la totalidad de los grados escolares (desde preescolar hasta educación media), de los docentes, directivos, padres y madres de familia, así como de funcionarios/as de Compensar y de la Secretaría de Educación Distrital.

En este sentido, la opción metodológica contempló la combinación de dos estrategias: el diagnóstico rápido participativo (DRP) y el enfoque etnográfico. La razón de esta selección es que ambas privilegian la perspectiva de la población, sujeto de la política. El primero, es decir, el DRP, permite, a partir de una serie de ejercicios de fácil comprensión, y en el lenguaje propio de las personas, convocar al mismo tiempo a un número significativo de actores sociales para que den cuenta de los beneficios, dificultades o logros del programa, entre otros tópicos. Por su parte, el trabajo etnográfico permite profundizar en aquellos ámbitos, que por sus mismas características, requieren de un trabajo en profundidad con los/as estudiantes en las instituciones educativas, y que la mayor parte de las veces fueron identificados en el DRP, el cual se aplicó en los cinco colegios, mientras que el trabajo etnográfico, por sus propias características,

se centró en dos de las instituciones educativas.

En la fase actual del proceso de investigación, es posible reconocer algunos aspectos que comienzan a posicionarse como los de mayor reiteración. Dentro de los beneficios, por ejemplo, los participantes resaltan el acceso a una alimentación sana y balanceada, mientras que señalan dificultades que ponen en evidencia la tensión entre las tradiciones alimentarias de los/as estudiantes, forjadas en su hogares y por los medios masivos de comunicación y ofrecidas en restaurantes y cadenas de comidas rápidas, con algunas de las preparaciones promovidas por el comedor escolar.

En especial, tanto el DRP como los registros etnográficos muestran los esfuerzos que tienen que hacer tanto Compensar (operador del comedor) como la Secretaría de Educación, a la hora de estimular el consumo de frutas y verduras, teniendo en cuenta que, como bien lo expresó el rector de uno de los colegios, se trata de “educar el paladar” de los escolares que hoy en día acceden al derecho a la alimentación, y, por tanto, al derecho integral de la educación. En este sentido, el comedor se convierte en un escenario pedagógico.

Otro aspecto importante tiene que ver con ciertas diferencias que comienzan a percibirse entre mujeres y hombres. Parece existir mayor prudencia, control y evaluación de los alimentos a la hora de ser consumidos, en las niñas y en las adolescentes que en los hombres, lo que podría estar relacionado con las construcciones socioculturales sobre las identidades de género, es decir, la prevalencia y la mayor obligación por mantener una buena imagen corporal entre las mujeres que entre los muchachos, ya que un descuido en el volumen y tipo de comida podría lle-

var, al decir de ellas, a un aumento de peso, lo que generaría estados de obesidad.

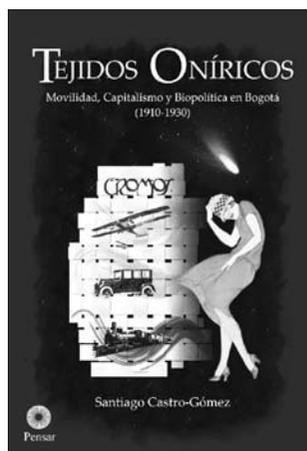
Asimismo, también comienza a insinuarse una incidencia del comedor escolar en el aprendizaje de normas de convivencia, dado que allí las/os estudiantes deben compartir con el resto de compañeros/as, adaptándose y respetando diferentes gustos y formas de consumo, heredadas de la tradición familiar. Otro aspecto que presenta novedad para los/as beneficiarios/as, y que es efecto de la naturaleza del comedor, es la norma relacionada con los tiempos de consumo, ya que por asuntos de logística, la duración para tomar desayuno o almuerzo se ve restringida y vigilada por docentes, directivos o padres y madres que ayudan en este comedor.

Un aspecto que merece ser profundizado es el vínculo entre alimentación y afecto. En general, la información sugiere que los escolares son altamente sensibles al *quién* y al *cómo* se preparan los alimentos. El cariño, el amor, la atención y la actitud de quienes cocinan y de quienes sirven, al parecer, inciden en los juicios que los/as adolescentes tienen sobre un plato en particular, antes de ser probado, lo que afecta de esta manera su intención de consumo y su valoración del servicio. Al respecto, el trabajo de las señoras que laboran como auxiliares de cocina es especialmente reconocido y valorado por los estudiantes.

Tal como se ha ilustrado, la información obtenida permite reconocer una serie de relaciones que se tejen en torno del comedor escolar, que es afectado y afecta, en diferente forma e intensidad, otros ámbitos de la vida de los escolares, de sus familias, del cuerpo docente y de la comunidad en general, y que serán cotejados con los objetivos de esta política pública de comida escolar.

Libros

# TEJIDOS ONÍRICOS: MOVILIDAD, CAPITALISMO Y BIOPOLÍTICA EN BOGOTÁ (1910-1930)



## ONEIRIC FABRICS: MOBILITY, CAPITALISM AND BIO-POLITICS IN BOGOTÁ (1910-1930)

EDITORIAL: *Pontificia Universidad Javeriana*

AUTOR: *Santiago Castro-Gómez*

CIUDAD: *Bogotá*

AÑO: *2009*

NÚMERO DE PÁGINAS: *281*

**César Andrés Ospina Mesa\***

\* Filósofo y profesor del Departamento de Lenguas de la Facultad de Comunicación Social, Pontificia Universidad Javeriana Bogotá, (Colombia).  
E-mail: cesar.ospina@gmail.com

La entrada de Colombia en la fase industrial del sistema mundo moderno/colonial, que comprende desde la pérdida de Panamá hasta el inicio de la República liberal, trajo consigo una serie de transformaciones que cambiarían para siempre su estructura social. La fábrica emergió como el eje central del modo de producción, aunque la hacienda y las subjetividades coloniales ligadas a ésta siguieron funcionando. Colombia logró incursionar en dicha fase sólo hasta el final de la primera década del siglo XX, porque durante todo el siglo anterior el país sirvió como despensa de la industrialización de los países centrales, pero sin que la “lógica cultural” del capitalismo industrial tuviera alguna incidencia en las relaciones sociales internas. Durante las primeras décadas del siglo XX asistimos, pues, a una experiencia del capitalismo que desterritorializó las herencias coloniales sin aniquilarlas, pero resemantizándolas y alimentándose de éstas. Este es el punto de partida del último libro del filósofo colombiano

Santiago Castro-Gómez. Interesa al autor no la visión economicista del capitalismo, sino las prácticas a partir de las cuales puede decirse que este sistema económico echó raíces en Colombia. Se trata de prácticas que no pasan necesariamente por la constitución de empresas, flujos de capital o instituciones financieras, sino por ámbitos más “moleculares”. Para el autor, el capitalismo no debe ser analizado únicamente desde el punto de vista de la producción de mercancías, sino también, y sobre todo, desde la perspectiva de la producción de *subjetividades* que hacen posible su experiencia. No es, pues, el capitalismo en sí mismo sino la *experiencia del capitalismo* lo que interesa a nuestro filósofo.

Castro-Gómez propone, así, una genealogía de las prácticas y dispositivos que contribuyeron a la producción de subjetividades acordes con los ideales capitalistas, en los cuales el país pretendía incursionar. Para ello, toma como contexto de análisis la ciudad de Bogotá, no tanto por ser ésta la capi-

tal de la República, sino porque desde 1910 inició una serie de transformaciones urbanas que deben ser tomadas en cuenta. Según el autor, para las élites industriales el modelo de ciudad ya no debía ser Atenas sino Nueva York, ciudad de la circulación y el movimiento por excelencia. Bogotá comenzó a ser vista como un *espacio cinético*, una ciudad donde la movilidad constante debía establecerse como modo de vida gracias a la llegada de los medios de transporte y la implementación del diseño urbano (*city planning*), el cual tenía como objetivo construir un *medio ambiente* y no tanto construir edificios y calles en un espacio ya preestablecido. De allí el interés del autor por el tema de la *movilidad* como elemento fundamental en la experiencia del capitalismo. Ésta es vista como un conjunto de prácticas centradas en la aceleración de la vida. Todo debía moverse, no sólo las mercancías y el dinero, sino también las personas, sus hábitos y costumbres, las ideas, de modo que se lograra la descodificación de unas subjetividades ancladas todavía en la “quietud” de la Colonia.

La hipótesis central del libro de Castro-Gómez es que la industrialización del país demandó una nueva relación de las personas con el movimiento y, con ello, la emergencia de unas subjetividades cinéticas capaces de hacer realidad el orden social imaginado mas no realizado por las élites liberales del siglo XIX. Para que el país lograra entrar en la dinámica del capitalismo industrial, se requerían cuerpos veloces y subjetividades desligadas de sus esferas primarias, ancladas principalmente en códigos y hábitos preindustriales. Se requerían, en una palabra, sujetos con *disposición cinética*. Por ello, se implementaron una serie de tecnologías que propiciaban la rápida circulación de personas y mercancías. En este

orden de ideas, la genealogía que el autor realiza en este libro se centra no en los tejidos *empíricos* sino en los *tejidos oníricos*, sobre la hipótesis de que

[...] en la Bogotá de comienzos del siglo XX, el deseo por la mercancía precedió la llegada de la mercancía misma, es decir, que el capitalismo industrial no se instala en nuestro medio primero con las fábricas y las máquinas, sino con las palabras, los signos y las imágenes. Antes que como un mundo de objetos, la industrialización de los años diez y veinte se constituyó entre nosotros como un mundo de sueños y deseos (Castro-Gómez, 2009: 17).

A lo largo de cinco capítulos, cada uno de ellos independiente –lo cual permite leer el libro desde cualquiera de éstos–, el autor desarrolla el análisis de los mecanismos cinéticos que conformaron la Bogotá de principios del siglo XX. Uno de los acontecimientos importantes analizados es la exposición agrícola e industrial de 1910, donde se escenifica por primera vez una *semántica del progreso*, lo cual propició que una parte de la población bogotana se sintiera identificada libidinalmente con un estilo de vida capitalista para el cual no existían todavía las condiciones materiales. Por su parte, la llegada del transporte rápido al país fue pieza clave en la dinámica de una ciudad que se pensaba moderna. La incursión del automóvil, el tranvía eléctrico, el ferrocarril (ya conocido en el siglo XIX) y la aviación, facilitaron la transformación de cuerpos inmóviles en cuerpos veloces, capaces de ir al ritmo ferviente del capitalismo mundial. A partir de allí, Castro-Gómez elabora el concepto de *dispositivo de movilidad*, el cual inscribió a gran parte de la población bogotana en juegos de poder y verdad donde el movimiento adquirió determinadas

propiedades y cualidades. Este dispositivo facilitó un tipo de gobierno económico sobre las poblaciones a través de mecanismos que permitían liberar la fuerza de trabajo de sus codificaciones locales, con miras a ser ofrecida en la universalidad abstracta del mercado. Sin embargo, no todo debía moverse a su libre albedrío. La biopolítica que encarna la movilidad urbana se encargó también de estriar los movimientos de ciertos sectores de la población, como por ejemplo, las mujeres y los obreros, dirigiéndolos hacia lugares donde no fueran un problema para los propósitos de las élites.

La constitución del *homo urbano* fue otro de los elementos que, gracias al urbanismo, ayudó a la emergencia de las subjetividades que estudia el libro. En efecto, si Bogotá quería ser una metrópoli similar a Nueva York, requería de ciudadanos acordes con el modo de vida urbano moderno, y para ello fue fundamental la construcción de un *medio ambiente* propicio. Se fomentó la planeación de una ciudad que dejara atrás su pasado colonial/republicano: las élites comenzaron a abandonar el centro de la ciudad para alojarse en el norte en sectores todavía por urbanizar. Los barrios Teusaquillo y Chapinero fueron los lugares en donde el desarraigo cultural de las élites en relación con su pasado, sería realizable, mientras que el sector sur terminó acogiendo a la población más pobre de la capital. Se trazó, entonces, la frontera entre ricos y pobres, ya no sobre la base del linaje de la sangre, como había ocurrido en la Colonia, sino sobre el paradigma de la riqueza. El norte pasó a ser el espacio de la modernidad, mientras que el centro y el sur continuaron siendo el espacio colonial de antaño, aquello que debía ser “rebasado” por el progreso. Es allí donde el urbanismo adquirió gran importancia en la medi-

da en que surgió la pregunta por cómo gobernar a una población, mayoritariamente obrera, que también necesitaba movilizarse. El *city planning* era en realidad una tecnología de gobierno sobre la población a través de la producción de ambientes urbanos: calles amplias y pavimentadas, parques, viviendas en condiciones higiénicas, servicio de transporte urbano, comercio, etcétera. Toda una estrategia biopolítica que sectorizó las clases sociales sobre la base del trabajo y la higiene.

Para Castro-Gómez, la mayor de las fantasías suscitadas en la época fue la construcción del *Estado moderno* por parte de la élite política del momento. En el fondo de la producción cinética de la población que miraba hacia la implementación de la sociedad del trabajo, y de la estrategia de defensa frente a unos “otros” que se movilizaban de manera sospechosa e incómoda, apareció el Estado como instancia articuladora de todos los movimientos. La soberanía estatal debía garantizar que la multiplicidad de movimientos convergiera en una unidad legitimada por la figura del pueblo. De allí que la pregunta por el cómo gobernar la población implicaba poner en marcha una serie de tecnologías de intervención estatal, a través de las cuales esa población se convirtiera en pueblo soberano. Dos posturas fueron importantes: la primera tomó como centro de sus reflexiones el “hacer vivir” a un sector de la población, pero “dejando morir” a la otra parte, reactualizando así la

vieja tecnología de la limpieza de sangre (dispositivo de blancura), medianamente una política sistemática de inmigración que pretendía mejorar la “caduca” raza colombiana. La segunda, por el contrario, no se concentró en el tema de las razas sino en la *conducción de la conducta*, a través de la gestión de la vida de la población colombiana en su conjunto, generando las condiciones medioambientales que le permitieran moverse “libremente” y, por tanto, desechar la ley. Esta segunda tecnología, que fue la empleada durante la década de los treinta, minimizó los riesgos que impedían a la población incursionar en la emergente sociedad del trabajo.

En conexión con los símbolos e imágenes que se difundieron en la exposición de 1910, la década del veinte trajo consigo todo un arsenal tecnológico que tenía como propósito interpelar los *deseos* de la población. La publicidad, la moda y las diversiones se configuraron como prácticas que sujetaron a las personas al imperativo del trabajo, encontrando allí el medio para satisfacer unas supuestas necesidades y carencias. Castro-Gómez traza la genealogía de una *estética del consumo* como elemento clave para la consolidación del capitalismo en Colombia en el seno de las élites ciudadanas y de un sector de la clase trabajadora. De esta manera, el consumo de sensaciones, emociones e imágenes hizo que un sector de la población bogotana se sintiera parte de una comunidad cosmopolita que *de-seaba* tener vivienda propia (o crédito

para construirla), trabajo fijo, automóvil, vacaciones, poder vestir a la moda, vivir saludablemente y entretenerse.

Finalmente, considero que el libro de Santiago Castro-Gómez logra evidenciar la *cara oculta* de una parte de la historia colombiana, que muchos intelectuales desconocen. Utilizando las herramientas teóricas de pensadores tan diferentes como Aníbal Quijano, Gilles Deleuze y Félix Guattari, Michel Foucault, Peter Sloterdijk y Maurizio Lazzarato, entre los más sobresalientes, Castro-Gómez muestra no sólo la importancia que los discursos de las élites bogotanas de principios del siglo XX tuvieron en la construcción social, cultural y política del país, sino que da cuenta de las prácticas que hoy constituyen la experiencia de buena parte de los colombianos en la época de la mundialización del capital. Su libro puede ser visto legítimamente como una *ontología del presente*. Pero más que un trabajo que intenta indagar por la emergencia de determinados dispositivos, *Tejidos oníricos* puede ser leído desde la perspectiva de lo que alguna vez el escritor Manuel Zapata Olivella llamó la *descolonización mental*. En tiempos del Bicentenario de la “Independencia” de Colombia, cuando abundan los discursos celebratorios, necesitamos reflexionar sobre lo que algunos pensadores latinoamericanos han llamado el “proyecto inconcluso de la decolonialidad”. A mi modo de ver, el libro de Castro-Gómez avanza claramente hacia este propósito.



## Libros

# DICCIONARIO DE ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS



## DICTIONARY OF LATIN AMERICAN CULTURAL STUDIES

EDITORIAL: *Instituto Mora / Siglo XXI*

COORDINADORES: *Mónica Szurmuk y Robert McKee Irwin*

CIUDAD: *México D.F.*

AÑO: *2009*

NÚMERO DE PÁGINAS: *332*

### Juan Carlos Segura\*

\* Antropólogo social y cultural. Ph.D. por The New School for Social Research. Investigador y profesor de la Maestría en Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá (Colombia).  
E-mail: [segurj02@newschool.edu](mailto:segurj02@newschool.edu), [jczenkoan@gmail.com](mailto:jczenkoan@gmail.com)

### ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS: OBJETOS MÓVILES

Reclamar para los estudios culturales, con todo y su fuerte ascendencia anglosajona, una adjetivación regional pretendidamente cultural como la de “latinoamericanos”, puede llevarnos a sospechar si no se trata de la simple apropiación de un adjetivo cuyo significado nunca acaba de definirse, para inaugurar o consolidar un territorio más, en el mejor estilo de una recolonización intelectual, o si simplemente ésta es otra estrategia del mercado de identificaciones que tanto afloran en los discursos del Estado y las empresas regionales. No obstante, con el fin de evitar esta primera lectura ligera, se debe considerar que los últimos cien años de escenarios culturales y políticos, efectivamente han estimulado la necesidad de reflexiones y debates en torno a la cultura y la identidad en Latinoamérica. En estos debates se pueden inferir y *visibilizar* variadas dimensiones y formas culturales, institu-

cionales y críticas, atrapadas entre lo local y lo regional, y además se pueden percibir los gérmenes de un modo actual de intervención que apunta a lo que se anuncia en este volumen –más por efecto de una convergencia que por una declaración definitiva– como estudios culturales latinoamericanos.

La apuesta del presente *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* es fuerte y arriesgada, considerando que lo latinoamericano no refiere en absoluto a una unidad cultural –en sentido amplio, menos clásico– y escasamente apunta a una región de discontinuidades, cuyas sensibilidades locales y geopolíticas inciden en la emergencia de identidades y prácticas culturales. Estas dimensiones buscan espacios de contacto y diferenciación (académicos y de gestión), dependiendo de aquello que se entiende y vive como escenario político de lo cultural, siendo sus estudios sólo una faceta más. Es precisa-

mente desde esta discontinuidad que las entradas del diccionario, en cuanto categorías teórico-contextuales, ejemplifican en diferentes niveles la dificultad que en últimas define, más por ausencia que por presencia, aquello que la imagen “latinoamericanos” parece aglutinar. Un segundo plano que sirve de coordenada amplia para pensar las singularidades regionales, si se quiere, de las categorías aquí recogidas, es precisamente su reelaboración a la luz del contexto de su emergencia, de su uso y su ductilidad o resistencia a entrar en conversación crítica con el contexto latinoamericano. Ciertamente, varios diccionarios sobre cultura y teoría crítica (Altamirano, 2002; Bennet, 2005; Payne, 2002; Williams, 1985) han desarrollado o compilado ya algunas de las entradas aquí presentes. Lo que resulta notorio en este valioso diccionario es la clara *localización* de las reflexiones tanto en el espacio como en el tiempo de lo latinoamericano, cuyas cartografías y cronologías no son estáticas y menos aún lineales. De un lado, estas reflexiones se circunscriben a dos dimensiones propias de los estudios culturales: no se trata de definiciones, en el sentido estricto positivo y descriptivo de un diccionario, sino de reflexiones críticas. De otro lado, siguiendo otra característica de los estudios culturales, en las contribuciones se observa un esfuerzo más o menos continuo por *situar* las reflexiones, no sólo más allá de simples definiciones, sino especialmente en lo que cada colaborador/a identifica como su espacio-tiempo de lo latinoamericano. Efectivamente, las entradas se caracterizan por su tensión con un positivismo descriptivo complaciente, de un lado, y del otro, por el esfuerzo por contextualizar y *situar* el lugar de la genealogía de los términos. Más importante aún, es notoria la necesidad de destacar el uso y la trans-

formación de los conceptos en el contexto de las luchas de sentido que su incidencia colonial, hegemónica o contrahegemónica pueda tener en el contexto latinoamericano. Un tercer aspecto –más que propio, propicio– que vincula al diccionario con los estudios culturales es el tejido transdisciplinar que resulta del encuentro entre diversas voces dentro del panorama de la producción académica, literaria y artística de los escenarios culturales y críticos, que tienden a gravitar cada vez más en torno a ese objeto móvil que son los estudios culturales. Finalmente, en lo que se refiere a las caracterizaciones de esta obra, que considero más un evento que un listado de definiciones, el énfasis diferencial en la tensión crítica de las entradas es una apuesta política de sus coordinadores, de allí la selección de términos fuertemente inestables en su propia indefinición. A su vez, la textura crítica de los términos se desmarca de una lectura indulgente de la cultura, y es crítica en el sentido de una intervención –para el caso– intelectual, académica y cultural. Por ello, prefiero llamar a este diccionario un *evento cultural* en sí, más allá del puro ejercicio escolástico que amenaza los escenarios críticos y educativos de la producción cultural, en sus variadas facetas. La mayoría de los/as autores desbordan intencionalmente la propia condición *natural* de muchas categorías, cuya historicidad es frecuentemente inadvertida en los diccionarios.

Asumido el riesgo, y siguiendo la atenta presentación de los coordinadores, se responde efectivamente a la pregunta sobre cómo hablar de algo tan elusivo como lo latinoamericano en un código tan acotado como la estructura y lógica de un diccionario. Éste se encuentra estructurado a partir de cuarenta y ocho entradas o, mejor, dimen-

siones conceptuales de contexto; recoge voces que en un primer momento parecen demasiado generales para ser englobadas en lo *latinoamericano*; sin embargo, antes que confirmar la sospecha colonial esbozada arriba, desdibujan una particular torsión o deslocalización de su aparente genealogía o dependencia anglosajona, instaurando una suerte de hoja de ruta móvil que no acaba de detenerse.

Conceptos o categorías como los de *identidad*, *memoria*, *alteridad*, *representación*, *hegemonía*, *diversidad* e incluso *nación*, ciertamente *pertenecen* a genealogías y tradiciones reflexivas y críticas bastante conocidas en Estados Unidos y Europa. No obstante, en una suerte de *des y reocupación* del concepto, y en razón del contexto –y en su convergencia con posturas críticas que emergen una y otra vez en Latinoamérica–, tales entradas se desdibujan en nuevos giros: *hibridez*, *posmemoria*, *heterogeneidad*, *performance*, *posnación*, etcétera. De hecho, los autores/as no acaban de ubicarse espacialmente en un allá o un aquí: latinos en los Estados Unidos o estudiosos norteamericanos en México, Argentina, Chile, Colombia, Venezuela, en una mezcla de voces heterogénea, sin origen... Una vez más, la propia construcción de este diccionario –o evento cultural– logra exitosamente hacer funcionar sus diversas entradas con la lógica transversal que define en buena medida el ejercicio interpretativo de los estudios culturales. Salvo algunos casos, en los cuales siempre parece que quedaremos esperando algo más, como ocurre con las discusiones directas sobre memoria, cultura e identidad, las reflexiones se estructuran más o menos explícitamente alrededor del gesto simple de desmarcarse de un estilo no comprometido, asumiendo así los riesgos que la postura demanda, como característica

práctica de los estudios culturales.

No es una tarea fácil, ni mucho menos cómoda, la de seleccionar entradas *propriadamente* vinculadas con *lo latinoamericano*, dados sus modos de apropiación y diseminación académica y política, si bien presentan denominadores comunes, que más que serlo en sus significados, lo son en el debate que circula sobre sus apropiaciones. No obstante, ayudan a trazar las coordenadas de un mapa de ruta aún en diseño de voces tan cargadas y polémicas como *latinoamericanismo* (a cargo de Juan Poblete: 159-163), cuyo marco histórico, antes que evidenciar una continuidad positiva de lo latinoamericano, señala la fisura y la negación desde la mirada de una *otredad* dominante en la cual se traza su genealogía. De ahí la imagen de los estudios culturales como un objeto móvil. De forma similar, la entrada *subalternismo* (Ileana Rodríguez) en su propia enunciación ya es conflictiva, en tanto proyecta una suerte de valor político organizado alrededor de un sentido cuasidoctrinal, como lo sugiere el sufijo *ismo*, mientras que en su otra forma substantiva, *subalternidad*, la apertura del fenómeno y concepto para describir o enunciar tanto campos teóricos como procesos políticos, presenta mayor potencial semántico y crítico; de hecho, los procesos y pensadores signados por la autora no usan la forma *ismo*. En este uso, la subalternidad –a pesar de ser una compleja y heterogénea serie de gestos críticos y políticos– puede congelarse e identificarse con una suerte de movimiento filosófico y político, comparable formalmente con el idealismo o el existencialismo, lo que podría neutralizar su dinamismo crítico y contextual. Ciertamente, la genealogía que alimenta las diversas discusiones y sólidas reflexiones del diccionario podría entenderse como una pretensión ob-

jetiva de clausura de los términos. No es en absoluto el resultado del ejercicio reflexivo respecto a cuarenta y ocho conversaciones, ni en su lógica estructurante ni en sus niveles internos. En éstos encontramos una cierta continuidad formal, esto es, una presentación del término en su supuesta definición de diccionario, usualmente descontextualizada y pretendidamente abstracta, lo suficiente como para funcionar en variadas interpretaciones. Operando a partir del contraste, no bien se ha presentado la aparente definición, ya se entra en la discusión sobre su pertinencia y se la inserta en el contexto latinoamericano, destacando así la singularidad que tal articulación demanda. De hecho, son raras las ocasiones en las que el término se estabiliza en una imagen general o amplia de lo latinoamericano, y más bien tiende a mostrarse desde variados filtros de producción intelectual y prácticas culturales, renovando así la idea de *discontinuidad* que hay detrás del –si se me permite la imagen– anhelo por lo latinoamericano.

Cabe sí advertir un potencial sesgo hacia la producción intelectual crítica de lo cultural, dada la selección de autores y entradas más en razón del origen académico que de la nacionalidad. Más que concentrarse en la producción intelectual y cultural resultante del periplo México-Estados Unidos, pues hay entradas de autores cuyo horizonte es más suramericano, el argumento de los coordinadores al respecto de la selección puede leerse como una suerte de contradicción con el presupuesto crítico de los propios estudios culturales en su emergencia, ya que, según éste, la cultura –de ser entendida como tradición y como dimensión estructurante de aquello que permite la continuidad de lo social (léase, por ejemplo, las industrias culturales y las

políticas públicas alrededor de la cultura)– debe ser superada por una visión crítica de las lógicas de clase y hegemonía que subyacen a la producción y reproducción social. De este modo, al sugerir el caso mexicano como paradigmático de las condiciones que nutren y siguen efectivamente nutriendo los escenarios culturales latinoamericanos, se puede “recaer” en la sobrevaloración del rol del Estado y sus instituciones en la estimulación de la cultura, sea alta o no. Ciertamente, las políticas públicas culturales, así como las industrias que se desprenden de éstas, en el caso mexicano son fundantes y fundamentales para identificar un cierto horizonte cultural latinoamericano, sin embargo, llamo a expandir el lente desde el cual reconocemos o interpretamos lo cultural en América Latina. Al destacar el caso mexicano en razón del pronunciado impacto de sus instituciones, puede interpretarse como si los escenarios culturales fuesen exclusivamente dependientes de marcos institucionales, ya sea desde el Estado, con sus gestiones y políticas culturales (vía alfabetización, turismo, espectáculo, entre otros), o desde las industrias culturales, someramente celebradas en la presentación. La intensa producción cultural y crítica desde *otros lugares* no es siempre visible con el lente de las industrias culturales y las políticas de Estado, menos aún con los lentes académicos universitarios. Hay, en efecto, escenarios sugeridos (sobre todo en entradas como *imperialismo cultural*, *subalternismo*, *globalización*) que pueden también servir de índices para una cartografía de lo cultural más inclusiva que aquello que está en *otro lugar*, como por ejemplo, los activismos y producciones artísticas, visuales, educativas, indígenas o de grupos sociales que ni siquiera alcanzan o pretenden visibilidad en al-

guna supuesta subalternidad. Igual podría sugerirse al respecto del rol político, hegemónico y contrahegemónico, de un sinfín de organizaciones, o modos de acción colectiva, que aunque pueden o no intersectar transversalmente el Estado o las industrias culturales de lo visible, están, sin embargo, jugando roles, a veces inquietantes, como sucede con una gama de actores con agendas religiosas y económicas ocultas detrás de fachadas profesionales. Así sucede con trabajadores sociales, psicólogos e incluso antropólogos asociados con fundaciones, organizaciones no gubernamentales, asociaciones barriales y corporaciones, etcétera. Y si bien los coordinadores y autores se concentran en las variadas acepciones que lo cultural presenta en el contexto latinoamericano, el enfoque puede no advertir suficientemente el carácter no institucional e incluso antiinstitucional de ciertos fenómenos culturales y artísticos en los márgenes del Estado.

Ahora bien, reseñar un diccionario especializado obliga siempre a evaluar

sus límites. Considerando las audiencias posibles, desde estudiosos culturales hasta artistas y científicos sociales, la selección es sin duda actual y pertinente. Hay, no obstante, algunas ausencias, que aunque aparecen disminuidas en las articulaciones internas de otras categorías, podrían haber tenido mayor relevancia, precisamente por tratarse del contexto latinoamericano: pienso en la centralidad de los movimientos sociales para atender las lógicas culturales y políticas del cambio y sus tensiones; consecuentemente, nociones relativas a las lógicas de exclusión, invisibilidad, pueden aportar mucho al esfuerzo por entender el contexto político de los estudios culturales en Latinoamérica. De forma similar, las dimensiones relativas al vínculo cultura-desarrollo-sostenibilidad-medio ambiente, incluidas las tensiones éticas resultantes del contexto neoliberal aplicado al escenario latinoamericano, demandan una mayor atención. En esta línea, ciertos autores y figuras importantes de dichas discusiones ten-

drían mayor presencia, como Arturo Escobar, Edgardo Lander o, para el caso de la música y el Caribe, Ángel Quintero, entre otros. Pero debe reconocerse que la flexibilidad de las reflexiones, a manera de ensayo, facilita su articulación con los contextos cambiantes latinoamericanos, de modo que las ausencias conceptuales pueden sin relativa dificultad dialogar con la matriz conceptual sugerida por los coordinadores, manteniendo la actualidad crítica del volumen. La apuesta por un diccionario de estudios culturales es compleja y atrevida, dada la suerte de movilidad conceptual y contextual que observo en este campo, más aún si se trata de reconocer las tensiones y transformaciones que muchos de los conceptos tienen en su uso dentro del contexto latinoamericano. Resulta así valioso y necesario el ejercicio aquí ofrecido, no sólo por descentrar, contextualizando tan importantes conceptos y fenómenos, sino por servir como ejemplo de ejercicio crítico en clave de estudios culturales.



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. ALTAMIRANO, Carlos, 2002, *Términos críticos de la sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós.
2. BENNET, Tony, 2005, *New Keywords, a Revised Vocabulary of Culture and Society*, Oxford, Wiley-Blackwell.
3. PAYNE, Michael (comp.), 2002, *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales*, Buenos Aires, Paidós.
4. WILLIAMS, Raymond, 1985, *Key Words, a Vocabulary of Culture and Society*, Oxford, Oxford University Press.